

Manual de edición y estilo

Con ojo certero para elegir lo que vale la pena –y creatividad y tesón para ponerlo a punto–, el periodista Rodolfo Vera Calderón armó un hogar con todas las letras.

PRODUCCIÓN: CRISTINA SOLANET FOTOS: XAVIER VERSTRAETEN TEXTO: INÉS MARINI





Como tanta gente se define a sí misma por lo que hace, mucha otra tomó la costumbre de limitar a las personas a la esfera de su trabajo. Rodolfo Vera Calderón es periodista de la revista *¡Hola! Argentina* (donde se especializa en notas sobre arte, patrimonio y miembros de la realeza europea), y mucho más también, aspectos que no podemos deducir con sólo leer su firma al pie. Por ejemplo, que es mexicano, pero que se enamoró de Buenos Aires cuando, siendo todavía un niño e hizo su primer viaje a Sudamérica, decidió que algún día viviría acá y, por supuesto, lo logró. (“Cada vez que aterrizo en Ezeiza pienso: llegué a casa”). Después de estudiar en la Sorbona y hacer una Maestría en Estudios Latinoamericanos en la Universidad de Georgetown, su pasión por el periodismo le dio el pasaporte para venirse acá y, enseguida, se postuló para la maestría en la materia que ofrece el diario *Clarín* junto con la Universidad de San Andrés. “El periodismo me gustaba y se conecta con mi historia: mi abuelo fue socio fundador de *Periódico a.m.* de México, en el que empecé a escribir a los 18 y donde sigo teniendo una columna de opinión”. Ya aquí, empezó trabajando en *Clarín*, pero sin dejar de estudiar: una nueva maestría, en Defensa Nacional, y los primeros pasos en un doctorado sobre derecho internacional público: “Si, ya sé, ya sé. ¡Otro título! Empezar a trabajar acá tuvo que ver con salir del cascarón de la Academia”. A su actual posición en *¡Hola!*, Rodolfo le suma todo su bagaje cultural. “Aunque se trate de una revista más visual y de una lectura amena, tiene una precisión de datos que hace a su calidad”. Pero, si hay una manera de conocer a alguien, es visitarlo en su casa. La de Rodolfo lo reveló como una persona metódica, incansable, hospitalaria, refinada y, sobre todo, encantadora. *

“Me desvivo al recibir a mis amigos, sean uno o diez. Siempre hay velas y vajilla que he ido comprando en remates: es algo que viví en mi casa. Pero, para salir, un bodegón: me cansó el restaurante pretencioso”

“Llegué a este departamento en 2008, sin un mueble (todo quedó en México). Será porque en mi familia la mayoría de las cosas vienen de los antepasados que nunca me gustó el mueble nuevo, entonces, me fui para el lado del Ejército de Salvación! Cuando algo es bueno, sea caro o barato, lo reconozco enseguida. Mi madre me acompañó a algunos remates: es toda una experta y de ella aprendí lo que sé de esto.”

“Cuando compré los hombreritos de Rajastán sobre la mesa ratona, me acordé de mi abuela, una gran coleccionista: ‘Si hay dos y hacen lindo juego, cómprate los dos’. No por cábala, ¡es que se venden más caros!”

“Los sillones amarillos los compré en Anita Antigüedades. Bajamos con un amigo al sótano, donde tenían lo más feo. Había cuatro de éstos que me dejaron baratísimos. De ahí me fui a Once y les compré esta gamuza. Además, por supuesto, los hice cromar: los terminé pagando un poco caros, pero jamás como si hubiera ido a un local de diseño. Y a mí me encanta el sabor de haberlos encontrado, de haber elegido el género y de ver tan lindo el resultado.”



“Varios de los cuadros que tengo son obra de amigos. A Helena de Alzaga le pedí que me hiciera algo, y me trajo esta reproducción de Warhol. Me encanta: le da color y modernidad al espacio”



“Un gran amigo hace estas **obras de madera** en formatos de 30x30 o 40x40cm. Yo le pedí una de dos metros, a la medida de mi sofá. Es una cosa conceptual, tipo Mondrian, pero la gente quiere que la llene porque le hace ruido. ¡Y esto no es una repisa! A mí me encanta: siento que están muy bien distribuidas las formas”. **Juego de comedor** de Casa Española. En la página opuesta, los **tibores chinos** encima del bargueño los compré Rodolfo en la liquidación de un local de artesanía china en Palermo. El **caballo de cerámica** chino es la reproducción de uno de la dinastía Tang comprado en el barrio musulmán de la ciudad de Xian.

“El aparador es el primer mueble que compré. Estaba un poco lastimado, pero entero. Sólo le faltaban los tiradores: los compré en Maderera Córdoba y los pinté. Parece original, ¿no?”



“Este cuadro lo hizo mi amiga Annie de Elía. Le dije: ‘Necesito un cuadro grande y me encanta Rothko’. Es que ya tenía bien pensado lo que quería hacer con mi casa: rescatar la estética del 60 y el 70”

“En una de sus visitas a Buenos Aires, mis padres me invitaron a tomar el té a Las Violetas (la verdad, yo todavía no la conocía: fueron ellos los que se enteraron del dato a través del *New York Times*). Cuando salimos, veo de casualidad un local enorme: Casa Española y, al lado, Anita Antigüedades. Me lancé, ahí nomás. Ese mismo día terminé comprando el **aparador** que se ve enfrente (las **copas** para Margaritas vienen de un mercadillo de México) y el **mueble** que está sobre estas líneas”, nos cuenta Rodolfo, y agrega que la **pantalla** de la lámpara de pie la hizo Enrique, su pantallero, con un género de Once. Arriba, Rita descansa a sus anchas y sin limitaciones.



“La cama la hago como aprendí cuando era pupilo. Si no está así de tirante, para mí no está hecha. Y después de que me levanto y la hago, nunca me vuelvo a acostar durante el día”



El **cuarto** de Rodolfo tiene buenas dimensiones, buena luz y buen clima. “Me siento muy cómodo acá. Me gusta la amplitud al lado de mi cama: poder entrar y salir cien veces o llegar a la noche con una bandeja y que nada que me entorpezca el paso”. Como en el resto de la casa, en cada detalle hay cariño e imaginación. El **espejo**, comprado en Casa Española, venía con marco de cuerina: Rodolfo se lo llevó a su tapicero, que lo “retapizó” con una buena gamuza. A los **muebles años 50** los encontró en el remate La Subasta, que se hace los lunes a las 16. “El **cuadro** lo hice yo reproduciendo una obra de 1952 del pintor suizo Richard Lohse”, nos confía hablando bajito. “Me compré el bastidor y los acrílicos, pero el marco lo recogí de un basurero mientras paseaba a mis perras: ¡hasta ellas son de recuperación!”, ríe con ganas. “Al **sommier** le compré patas de petiribí en la Maderera Córdoba, lo hice forrar con pana y ahora parece una cama”.

“No me gustan los escritorios tradicionales. Prefiero trabajar en una mesa amplia y sin cajones, para tener todo a mano. Además, ¡abajo mis perras tienen lugar para dormir!”



Arriba, un rincón del dormitorio y abajo, a la derecha, un ángulo del cuarto que funciona como **escritorio**, y que Rodolfo utiliza cotidianamente. “El cuadro que ven ahí es otro ‘vejestorio’ que compré en una de las ventas que organiza la mudadora Verga Hermanos”. **La entrada a la cocina** está custodiada por una bien nutrida biblioteca culinaria. Amante de la gastronomía –en *iHola!* Argentina edita la sección Cocina–, dice: “Del tema que sea, **los libros viejos** son mi adicción, mi fetiche. Tengo todos los clásicos de la cocina nacional en primeras ediciones: Ketty, Petrona, Lola... Y también mucho de repostería norteamericana, mi favorita. Los busco en la calle Corrientes, donde voy muchísimo, y los uso cuando quiero lucirme con algún plato tradicional: unos ricos alfajores, empanadas o loco”.





“No entiendo a la gente que dice que no compra muebles usados porque ‘vaya uno a saber de quién fue, las malas energías...’ Yo le pongo a cada cosa tan buena onda que, si había mala, se neutraliza”

En un rincón del **escritorio**, junto a la puerta, otro mueble recuperado sostiene una escultura de yeso de la Virgen de Luján que Rodolfo compró en Once y pintó de rojo. El **espejo** antiguo refleja el amplio **mueble hecho a medida** que es ropero, archivo y biblioteca. “Para mí el orden es fundamental, porque sin él se pierde calidad de vida: un mueble deja de ser lindo bajo una pila de revistas viejas o bajo el polvillo. Y no me cuesta nada mantenerlo”, concluye.